



Año XLVIII

Orihuela 15 Abril de 1930

Num. 1112

Fundador: D. ADOLFO CLAVARANA

Cristo vive

Cristo vive, pero en la Iglesia católica.

En las demás iglesias que no son la católica, Cristo no vive; son ramas secas cortadas del árbol.

«Estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos» dijo Cristo a sus discípulos. *Con vosotros*; pero con los que se separan de vosotros y rompan la unidad de mi Institución ¡ahí con esos, no.

Y la historia de la Iglesia viene demostrándolo así.

Se separó la iglesia griega; rompió la unidad de la Iglesia; se fué a vivir, mejor diré, a vegetar bajo el cetro de los zares; y la iglesia griega, como una rama seca, ha sido agitada y aventada por la revolución bolchevique....

Se separó la iglesia protestante y se fué a vivir bajo la dictadura civil y a alimentarse de las migajas de las mesas de los césares o de los presidentes, de Estado y la rama del protestantismo se está secando, está seca ya...

¿Seca por falta de dinero?

No.

Lo tienen de sobra.

En Estados Unidos recaudaron hace dos años en 1928 más de seis cientos millones de dólares.

¿Seca por falta de influencia en las alturas del gobierno?

Los verdaderos jefes espirituales del protestantismo son los jefes de Estado.

La rama protestante está seca... por falta de contenido espiritual en

sus doctrinas...

Está seca por falta de savia evangélica; por falta de Cristo... Cristo no está allí.

Charles H. Perry ha escrito: «Las iglesias protestantes están vacías, mientras las católicas están llenas de fieles, porque los católicos encuentran a Dios en sus santuarios, en tanto que los protestantes solamente hallan predicadores...»

En las iglesias católicas está Cristo, vivo, real y verdaderamente presente... En las iglesias protestantes no hay mas que sombras y ruido de palabras...

Mirad los frutos.

En la Iglesia Católica está viva la familia, está vivo el ideal religioso, está vivo el honor de la persona humana en el decoro de la mujer, en la independencia del hombre, en la libertad justa del individuo dentro del Estado...

El protestantismo, como los cismáticos, están viendo, cruzados los brazos, callados como eunucos, como se asfixian todas esas instituciones y conquistas bajo la bota de los tiranos rojos o bajo el cieno de la ola inmoral o bajo la presión de doctrinas disolventes como venenos, que a las veces van servidos en copas de «pastores» o de «popes» que convierten las cátedras del Evangelio en tribunas de la incredulidad y de la anarquía...

Cristo vive; mas no con esos que estuvieron un día con los discípulos de Cristo, pero que se salieron de entre ellos, abandonando la unidad de la Iglesia, dejando el cáliz donde se be-

be la verdadera savia del Evangelio y el pan donde se tiene a Cristo, y la autoridad suprema del Pontífice de Roma, vicario único de Cristo, y se marcharon... se marcharon a comer las bellotas del poder civil dando al César lo que es del César... y lo que es de Dios.

Los bolcheviques están haciendo entierro civil al cisma de oriente; las sectas protestantes se preguntan ellas mismas en las páginas de una de sus principales revistas, si será posible acabar con unos funerales decentes...

La Iglesia Católica, por el contrario, lleva triunfante las banderas de su rey de uno a otro confín de la tierra y cada día es más robusta y más respetada y más amada...

Mane nobiscum, Domine: Permaneced con nosotros, Señor, dijeron al Divino Maestro sus discípulos...

Y Cristo permanece con nosotros, vive con nosotros, con sus discípulos, con su Iglesia que es la Católica, Apostólica, Romana.

L. Almarcha

En el huerto de las olivas

Una bandada de vencejos se refugió en el huerto. Buscaron los olivos más añosos, y se ocultaron entre sus ramas. Estaban verdaderamente asustados. Su instinto les anunciaba una inminente calamidad.

La luz del sol apenas alumbraba... había en el ambiente algo extraordinario, un no sé qué de misterio que parecía presagiar una gran catástrofe.

Cuando las aves se vieron al abrigo

de las hojas se fueron reponiendo del susto.

Un vencejo.—Creí que no llegaba al huerto. Parece que va a hundirse el mundo. ¿Estan todos los hermanos? ¿No se ha perdido ninguno?

—¡Ninguno!

—¿Y los pequeños?

—Todos, ninguno falta.

—¡Bendito sea el Creador!

—¿Dónde estamos?

—Según creo, en Getsemaní.

—¿Habrá peligro?

—Es un lugar solitario y seguro.

Un viejo olivo.—¡Acabaréis de callar, pandilla de charlatanes! No es hora de palique.

Un vencejo.—¡Vaya un viejo gruñón! ¿Por qué no hemos de charlar?

El olivo.—¿No habéis escuchado al Viento? ¿No entendéis sus desgarradoras quejas? ¿No veis cómo el padre Sol desmaya y agoniza? No en balde se enfurece la Naturaleza... Soy viejo y conozco la causa de los grandes castigos... los hombres...

El vencejo.—¡Siempre el hombre! ...—Pero ¿sabes algo?

El olivo.— Sí

Los vencejos.— Cuenta, cuenta.

El olivo.— Anoche estaba en calma el huerto. Un grupo de hombres se acercó a este paraje. Uno de ellos se destacó del grupo y se aproximó a a mí; se arrodilló en tierra y comenzó a orar. Era un santo profeta que según dicen predica grandes verdades y hace prodigios en Palestina. Se llama Jesús de Nazaret.

Un vencejo.— Sí, sí; le he oído predicar en Tiberíades.

—Yo le he visto hacer milagros en Jerusalén.

El olivo.— Mientras oraba, su cuerpo temblaba como la hoja que agita el viento. A veces desfallecía, a veces cobraba aliento. Era como si temiera una gran desgracia y quisiera apartarla de sí. Parecía que su cuerpo sentía de antemano la tortura del dolor que aguardaba... Y aquel dolor debía ser inmenso, como si todos los dolores y pecados del mundo se juntaran en uno solo y pesaran sobre el alma con la gravedad de una montaña de penas... Su corazón quedó tan oprimido, que se abrieron los poros de su

cuerpo y la sangre salió en abundancia... Aún está ahí en esas piedras y en ese polvo la huella... Yo juraría que en esos momentos habló con un espíritu invisible... Y con un espíritu debía ser, porque los discípulos que le acompañaban dormían tanto.

Un vencejo.— Es interesante la historia. ¿Y después?

El olivo.— Después sentí un tropel de gente que entraba en el huerto; luces de antorchas y fulgores de espadas brillaron entre las ramas... Buscaban a Jesús. El Profeta hubiera podido escapar o esconderse, y sin embargo, les salió al encuentro, se dio a conocer, pidió que dejaran en libertad a sus discípulos y se entregó a sus enemigos... ¿Era ese el peligro que temía? Si tanto temor le inspiraba, ¿por qué fué a buscarlo?

Un vencejo.— ¿Y no sabes más de la historia?

El olivo.— No, de ésta no; pero sí de otra, que tal vez pudiera relacionarse con ella.

Los vencejos.— ¡Cuéntala, cuéntala!

El olivo.— Habéis de saber que madre Tierra fué un tiempo paraíso de felicidades. Los males que hoy padecen las criaturas los trajo el hombre...

El mirlo.— ¡Siempre ese enemigo!

El olivo.— Nosotros no hemos desobedecido nunca al Creador; él le desobedeció. La Tierra quedó manchada con su culpa. Todos los dolores y trastornos que sufrimos son consecuencia de aquel pecado... la Tierra gime por recobrar la dicha perdida...

El mirlo.— ¿... la recobrará?

El olivo.— Habrá redención... para todos. Vendrá un libertador... La creación espera. En la plenitud de los tiempos vendrá el Mesías.

(Un fuerte temblor de tierra sacude las raíces del viejo olivo. La luz del sol casi se extingue. Los pájaros, asustados, revolotean entre las hojas. Una golondrina penetra en el huerto y se refugia en la copa del viejo olivo)

Un vencejo.— ¿Qué es eso hermana?

La golondrina.— Vengo aterrada... En la cima del monte de las Calaveras... yo lo he visto, ahora mismo acaba de morir, y la Naturaleza protesta.

Un vencejo.— ¿Quién ha muerto? La golondrina.— ¡El Justo! Le han asesinado... cruelmente en una cruz... y es el Justo!

El olivo.— ¿Qué Justo es ese?

La golondrina.— ¡El Cristo: todos lo han confesado! El sol ocultando su faz por no ver el crimen; la tierra, temblando de pavor por no sostener la cruz; los sepulcros abriéndose para que salgan los muertos; y hasta los verdugos que bajan del Calvario golpean sus pechos y pregonan: «¡Verdaderamente era el Hijo de Dios!» ¡Era el Cristo! ¡El Profeta grande! ¡El Nazareno que predicó la ley de vida!...

El olivo.— ¿El Nazareno has dicho? ¿Jesús de Nazaret?

La golondrina.— Sí, Jesús de Nazaret.

El olivo.— ¡Era El! ¡Ahí está su sangre!

La golondrina.— ¿Qué dices?

El olivo.— Que ha llegado nuestra hora, la hora de la Redención y de la libertad. La sangre del Mesías lavará la mancha de la tierra. ¡Ahí está su sangre, hermanos, esas manchas negras que veis en el polvo! ¡Vosotros que podéis, recogerla para que el viento no la arrastre, para que bestias no la pisen... para que no la ultrajen los hombres!

Luis León

El cariño perdona y olvida

Todas las noches, indefectiblemente, matemáticamente, así que terminaba la pobre cena, su mujer le hacía la misma pregunta:

El, unas noches respondía con un gruñido; otras con un «no» rotundo, las más con un juego de ironías o de frases punzantes y burlonas.

Y hasta el día siguiente ya no se oía una palabra en aquella modesta habitación de obrero.

¡Cómo! El, un obrero consciente, un hombre ilustrado, sabedor de lo que hay en todas esas cosas de iglesias, lector de hermosos libros de maestros redentores, ansioso de conquistar la vida—conquistar la vida con todos sus derechos ¡él, confesarse!

Y sin embargo, su mujer, sin ha

...er caso de todas esas nobles dotes de su espíritu libre, sin hacer caso de ellas, le disparaba todas las noches la misma afrenta:

—¿Vas a cumplir mañana?

—¡Si no fuera por lo que la quería...! Sólo así podía aguantar su pesadez.

* * *

Desde mitad de Cuaresma, aquella mujer se puso inaguantable.

—Perico, mañana San José... Ya sabes.

—Perico, domingo de Pasión...

—Perico, la Virgen de Marzo...

—Mañana, Virgen de los Dolores...

—Estamos en domingo de Ramos, Perico...

—¡Mujer! — saltaba él furioso. — ¡Pelma! Pareces un calendario...

Ella no cejaba. Y ante Dios... ¡Ante Dios aun cejaba menos!

—¡Señor que se confiese!... ¡Señor, que vaya a Vos!...

Una tarde al salir del trabajo Perico se atrevió a entrar en una iglesia. Mas salió como había entrado.

¡Qué dirían sus compañeros si lo supiesen! Además, ¡qué aprecio hacía de todo aquel rico bagaje de ideas que llevaba en su cabeza, si así, en un momento de cobardía lo arrojaba por la borda!

—No, yo no — se dijo.

Y aquella noche riñó con su mujer.

Y a la media hora estaban en paz otra vez, y él muy animoso, le preguntaba:

—¿Cuándo descansas hoy?

—Hoy no descanso.

—¿Por qué?

—Hoy velo por tí; esta noche velo por tu alma, que se pierde... que se pierde...

* * *

Por fin el hondo cariño a su mujer, el tenerla tranquila, fué el hilo conductor que le llevó a la iglesia.

Y así sólo por eso, sin visiones terribles, sin temores de la muerte o del juicio, sencillamente marchó Perico una mañana muy temprano a cumplir con su parroquia.

—¡Adelante! ¡Adelante!

Y entró en la sosegada iglesia parroquial.

¡Oh, la dulce paz de las misas tempranas en los días de trabajo! ¡La devoción de las pobres viejas! ¡La fe de los hombres!... Todo paz, todo plegaria y lumbres de misterio...

* * *

Perico está ya en gracia.

Perico, ya en la calle, respira con toda el ansia de sus pulmones. De tal manera le ha entonado la confesión, siente tan confortada su alma, que la sensación le parece física.

¡Verdaderamente que hay una virtud perceptible, casi tangible, en el Sacramento de la Penitencia!

Se ve muy otro, no encuentra en su cerebro nada de lo que antes era su orgullo ¡Como brilla su frente con el carmín de hijo de la gracia!

Alegre en su interior, un poco parado de expresión, entra en su casa y dice a su mujer:

—Ya ves de qué nos servirá la libertad a los hombres mientras haya mujeres en el mundo...

—¡Qué libertad, ni qué niño muerto! — contestó ella riendo. — ¡Qué «inteligencia redimida» mi «hombre libre»!... Pecador y pecador, nada más Eso es todo.

Luego añade:

—Y cuando el alma se descarga en el confesonario, todas esas alharacas se van, se disipan los humos de las cabezas, se ahogan los fuegos del corazón... «¡Ea!» ¡Que Dios te bendiga!... ¡A almorzar y a trabajar, que ya es tarde!

J. Le Brun.

CASOS Y COSAS

Un viejo político conservador, Bergamin, ha dicho que Sánchez Guerra podría ser incluso presidente de una república.

Claro está que esa sería una república conservadora.

Y Bergamin después de hacer esta revelación se ha quedado tan tranquilo y sin duda ha podido ya hacer bien la digestión y dormir a pierna suelta.

He aquí el camino que siguió la revolución rusa.

Primer presidente de la República

rusa, al destronamiento del Zar: Lvov, Príncipe de la familia imperial.

Segundo presidente de la república rusa: Kerenski, burgués.

Tercer presidente: Lenine, comunista.

Lvov, príncipe, fué puente para Kerenski, burgués; y éste a su vez fué el puente para Lenine, el demonio rojo.

Así de una república de sangre real, se pasó a una república burguesa y de una república burguesa a una república soviética.

A Sánchez Guerra se conoce que le seduce el papel del burgués Kerenski.

En Rusia a Lvov le llaman el príncipe tonto y a Kerenski el burgués traidor.

En España los traidores a su pueblo tienen un buen representante en don Opas, que trajo a los moros.

¿Le agradecerá a Sánchez Guerra ser el don Opas de la morería republicano—radical—federal—anticlerical—socialístico—comunista?

En Madrid en un banquete a Marcelino Domingo el final fue catastrófico: no quedó una botella sana; menos mal que estaban ya todas vacías.

A la hora de los brindis la espuma del champaña o el calorillo del montilla—suponemos que estaría ausente el democrático peleón—se subió a la cabeza de los oradores y se metieron de rondón dentro del Código penal.

Y la policía hubo de intervenir.

Y aquí de las botellas... vacías.

¿Y quién pagó los vidrios rotos?

¿Quién había de ser?

La que los paga siempre que se reúnen las nueve amas secas de la política española.

La cultura.

En la Academia de Jurisprudencia Pradera ha intervenido en un debate y ha defendido la Monarquía tradicional española y ha recordado a los Reyes Católicos.

El grupo de intelectuales que emulo de Primo de Rivera, intenta establecer la dictadura pero de las ideas que es la peor de las dictaduras y que es el mismo grupo que convirtió en ídolo al

estudiante de la treintena de años Sber y que rompió las botellas en el banquete de Marcelino Domingo y que grita viva la república, cuando están lejos los guardias, promovió un alboroto...

¡Los que no respetan las ideas ajenas son incultos!... les increpó el conferenciante.

¿Y a ellos qué...?

El caso es meter ruido aunque sea con los pies...

Si como meten ruido y son desenfadados para agraviar personas, ideas y creencias, fueran de numerosos, habría que emigrar...

Así no es menester.

¡Es muy divertido el corro de los intelectuales!

Viven en carnaval, pero la cárceta de la cultura se les ha caído.

—¡El jesuitismo!

—¡El clericalismo!

—¿Qué voces son esas?

—Las de las viejas cornejas que anidaban en los derruidos covachones del liberalismo, socialismo, anarquismo y demás compañeros de las cavernas revolucionarias...

—Por eso suenan a voces cascadas...

—Se han pensado que todavía vivimos en la noche... que se fué.

—La gente se ríe de ellos y los contempla socarronamente.

—Es que se han empeñado en usar un traje que no se estila.

—Esos gritos: ¡abajo el jesuitismo! ¡abajo el clericalismo! es el vinazo de los peores tiempos de la ley húmeda...; en que la taberna decidía los triunfos electorales...

A. Hernán.

El sermón de las viudas

El P. Villón es llamado a uno de los arrabales de París a dar conferencias apologéticas.

Se ha preparado estudiando libros y más libros; ha pesado las ideas diligentemente, ha buscado imágenes retóricas, ha redondeado sus párrafos... El éxito le espera.

Llega a París, llega a la iglesia de su destino, sube al púlpito y mira las

amplias naves... Ni un sólo hombre; mujeres, muchas mujeres...

El P. Villón siente que la cabeza se le va... ¿Para qué tanta apologética? ¿Para qué haber quemado sus cejas en los libros sabios?

Era menester cambiar de tema y de sermón. La asistencia femenina miraba curiosa hacia el púlpito.

¿Qué sucedía al Padre?

Por fin el orador rompe a hablar.

—Amadas hermanas; amadas hermanas mías...

Y el buen Padre repitió con retintín el segundo «amadas hermanas mías...»

Después de un nuevo largo calderón, dijo:

—Veo con suma tristeza que me hallo en un pueblo de viudas. Vamos a rezar un «De profundis» por vuestros difuntos maridos.

Y como lo dijo lo hizo.

Y se bajó del púlpito.

Al día siguiente a la misma hora la iglesia estaba llena de hombres: los muertos habrán resucitado.

El P. Villón no había predicado nunca sermón tan breve, ni de éxito tan rotundo, ni aprendido tan al pie de la letra por el auditorio.

Aquella noche fué repetido en todas las casas.

Y a la noche siguiente pudo el predicador decir su sermón apologético, que aunque gustó mucho y le trajo concurrencia masculina para todos los restantes días no llegó a ser de tanta eficacia y ruido como el primero.

Ha pasado tiempo y todavía se acuerdan en el arrabal parisiense del sermón de las viudas.

A. H.

Recuerdos republicanos

La República española primero unitaria y luego federal fué gobernada sucesivamente por cuatro presidentes: Figueras, Pí y Margall, Salmerón y Castelar. Más de media España les negaba la obediencia, hubo día que el poder central no se extendía más allá de las tapias de Madrid. Cada ciudad se constituía en cantón. Los federales de Málaga se destrozaban entre sí en las calles, a guisa de banderizos. En Barcelona el ejército indisciplinado y beo-

do profanaba los templos con horribles orgías; los insurrectos de Cartagena enarbolaban bandera turca. En Málaga son destruídos los conventos Capuchinos y de la Merced. En las escuelas de Cádiz sustituyeron la enseñanza del catecismo por la moral universal. Suprimiéronse las fiestas del Calendario religioso. Un club solicitó la proscripción de todo culto. Sacaron de una iglesia los frailes para convertirlos en pescadería. Se arrojó de las casas de beneficencia a las Hermanas de la caridad. En la casa de expósitos se quitó la pila bautismal. Al obispo le llamaban ciudadano, rasgaban cuadros, quemaban imágenes, bailaban en las iglesias de Barcelona. Por todas partes la barbarie, asesinatos, tiranías, etc., etc. todo al grito de *¡libertad!*

¿Es esta la república que algunos imberbes y otros barbados quieren traernos ahora?

Matar en nombre de la tiranía o de una dictadura es abominable; pero en nombre de la libertad es peor...

La dictadura pasada no ha matado a nadie; pero aquella dictadura republicana mató a muchos, muchísimos, y llenó las cárceles, y la libertad de los ciudadanos bajó más que ahora la peseta.

«AROMAS Y COLORES»

Lindísimas poesías a la Virgen para Mayo.

2 pesetas libre de gastos.

«Verdad y Caridad»

Los pedidos a PP. Capuchinos.

PAMPLONA (Navarra)

La Lectura Popular

[[Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa presentándose bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Cada acción da derecho a recibir cien ejemplares de cada número o sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. o manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos fábricas, escuelas establecimientos y otros centros.

Precio de suscripción directa

Una acción.....	4	pesetas mensuales.
Media id.....	2	»
Un cuarto id..	1	»
Un octavo id..	0'50	»

Dirigir la correspondencia a Don Diego Castaño, administrador de «La Lectura Popular», Bellot 3, Orihuela, (Alicante).

Imp. La Lectura Popular.—Orihuela.